

INTERVENCIÓN DEL DOCTOR EFRAIM OTERO RUIZ
DIRECTOR DEPARTAMENTO DE ENDOCRINOLOGÍA
CENTRO MÉDICO DE LOS ANDES — FUNDACIÓN SANTA FE DE BOGOTÁ

A pesar del amplio desarrollo que los medios de comunicación en el país han tenido en las últimas décadas (radio-difusión en frecuencia AM y FM; televisión en blanco y negro y colores; red nacional de transmisión de datos, posibilidad de desarrollo de programas tipo *teletexto*, adelantos en las técnicas de impresión de la prensa escrita, etc.) puede decirse que ellos no han sido empleados con eficacia para la divulgación de la ciencia y la tecnología. Aunque se ha logrado una tímida divulgación de desarrollos científicos e investigativos de nivel internacional, (gracias a las informaciones obtenidas de CIMPEC, de National Geographic, de TRANSTEL-Cologne, de USIS, de la BBC y de otras compañías privadas nacionales o transnacionales) en canales de limitada audiencia y en tiempos y horas lejanos del *prime-time*, sin embargo es muy poco lo que se ha logrado sobre la divulgación de los resultados de investigaciones nacionales o la aplicación de tecnologías desarrolladas en el país desde hace muchos años.

Por fuera de los canales educativos oficiales o semioficiales (Canal 3, Sutatenza, Radio Nacional) se nota poco o ningún esfuerzo por resaltar la labor de los investigadores nacionales en la solución de problemas del país. Un esfuerzo aislado, como fue el de la transmisión del programa COLCIENCIAS-ICFES en tiempo selecto *prime-time* a partir de 1983, fue de relativamente corta duración y no tuvo el seguimiento deseado, como hubiera sido la ampliación de aquellos *flashes* informativos de cinco minutos hacia programas de mayor y más profundo contenido que mostraran la importancia de aquella investigación que se había mencionado brevemente en el programa inicial. Que yo sepa, no se ha intentado establecer *ratings* de sintonía de los programas con alto contenido científico o tecnológico ni se ha intentado establecer la relación entre la calidad del mensaje transmitido y su comprensión por un público que, seguramente, en su mayoría carece de la educación suficiente para asimilarlo y comprenderlo. Así y todo puede decirse que el programa COLCIENCIAS-ICFES contribuyó de manera decisiva al

menos en el público con educación secundaria y universitaria a hacer conocer los esfuerzos de las dos instituciones por desarrollar la investigación científica y tecnológica nacional.

Parecería que la noticia científica y tecnológica sólo es noticia si tiene un gran contenido de espectacularidad, de aplicabilidad inmediata, de *glamour* investigativo. Como gran parte de los trabajos que se desarrollan en el país carecen de este elemento o de un especial cariz de originalidad (ya que en general se trata de aplicar técnicas investigativas desarrolladas en países más avanzados a la solución de problemas locales) generalmente no logran alcanzar el *flash* noticioso ni los titulares de las primeras páginas. Obviamente, hay que hacer excepción de los temas agropecuarios (que tradicionalmente, podría decirse que desde el siglo pasado, tienen asignadas páginas o columnas especiales en los periódicos) y los temas de salud, que siguen un patrón semejante. Sin embargo, en unos y otros se nota que falta resaltar los resultados de la investigación nacional frente a informaciones llegadas de otras latitudes.

Un problema especial que aqueja a la noticia sobre investigaciones en salud es la de que, con frecuencia, es susceptible de crear esperanzas o expectativas infundadas o innecesarias entre los lectores. Un ejemplo repetido ha sido el de las investigaciones sobre cáncer, que muchas veces puede desviar a las personas que deberían buscar los tratamientos habituales en instituciones de confianza, hacia tratamientos poco ortodoxos divulgados de buena o de mala fe por los supuestos investigadores. En menor grado el problema persiste para las informaciones sobre multitud de enfermedades genéticas o degenerativas, y se aplica tanto para la información de origen nacional como para la de origen internacional divulgada por los cables o las agencias de prensa. Lo mismo podría aplicarse a informaciones sobre abonos, cosechas, plaguicidas, nuevas cepas agrícolas o veterinarias, etc.

Por otra parte, entre los mismos investigadores existen capacidades variables de comunicación de sus resultados así como varía también su actitud frente a los medios de comunicación. Mientras hay investigadores muy reservados, que desdénan toda información publicitaria y sólo apelan a las comunicaciones de carácter estrictamente científico (siguiendo al pie de la letra la *regla de oro* establecida hace años por Franz Ingelfinger para el *New England Journal of Medicine*), otros, en cambio, son muy dados a la publicidad incluso de datos que aun no han pasado por el filtro de la *evaluación por sus pares* (peer-review) necesaria a toda actividad científica. Ello ha hecho que un cínico en el pasado haya dicho que los investigadores pueden dividirse en dos grandes categorías: "aquellos que saben hablar de lo que no hacen, y los que no saben hablar de lo que hacen".

En el país no sucede lo que sí pasa en los Estados Unidos y es el que la noticia sobre una investigación divulgada por los medios puede perjudicar al investigador en cuanto a la aceptabilidad de su trabajo por revistas científicas consagradas; pero esta es una posibilidad que hay que tener en cuenta en el futuro a medida que las revistas del área latinoamericana se vayan haciendo más estrictas en sus criterios. Por otra parte, hechos que hacen noticia en nuestros medios —un poco provincianos en el sentido de la ciencia universal— pasan totalmente desapercibidos en la literatura norteamericana o mundial. Véase, si no las publicaciones que ha hecho Garfield sobre trabajos mencionados en el *Current Contents* para ver el escasísimo número de trabajos en medicina y salud originados en Hispanoamérica que han alcanzado los niveles y la aceptación de la ciencia universal. Esto sería quizás extrapolable a otras disciplinas.

La información en los medios de comunicación tiende, por otra parte, a ser dogmática, como si fuera la verdad revelada, de aceptación universal, y no existen mecanismos ulteriores para que, una vez divulgada, se haga algún seguimiento de esa noticia, si fue exagerada o no, si tuvo confirmación en otros medios y otros países y sobre cómo ha reaccionado el público, científico y laico, educado o analfabeto, a la misma. Aquí tendría muchísima importancia la labor de los *cuenta-narices* o encuestadores mencionados antes.

A veces, aun en programas de reconocida seriedad, se da paso o cabida a temas pseudocientíficos de poca o ninguna validez universal. En días pasados, por ejemplo, en el Canal tres, dentro de un programa internacional muy serio (Punto de Encuentro) escuché a un señor español, a quien en otras ocasiones le había oído explicaciones científicas muy objetivas y veraces, hablar, citando estadísticas de los años treinta sobre la auténtica posibilidad de la "auto-combustión de los organismos humanos" motivada por no sé qué enrevesadas explicaciones de la "energía interior"! Lo mismo puede decirse que opera para la *parasicología*, la *cirugía invisible* y otras nigromancias.

Sin pretender alargarme más en este intento de diagnóstico superficial de los males que aquejan a la divulgación científico-tecnológica por nuestros medios de comunicación, me permito señalar a continuación algunas de las posibles soluciones que contribuirían a crear entre nosotros un verdadero periodismo científico y a mejorar la actitud de nuestras audiencias ante la ciencia, la tecnología y la investigación:

- Debe estructurarse la carrera de *periodismo científico* como una cátedra habitual en las facultades de periodismo (o de comunicación social); pero además

debe enseñarse como una especialización a aquellas personas que, por su inclinación o por razón del trabajo que les ha sido asignado, deban cubrir informaciones de carácter científico y tecnológico en los diversos medios.

- El periodista o comunicador científico debe tener ante todo criterio científico además de su criterio informativo. Por eso es muy importante su interacción con científicos o con organizaciones del mismo carácter (un ejemplo en el país serían no sólo las directivas sino los comités de investigación de COLCIENCIAS) que les vayan señalando cuáles son esos criterios y le vayan infundiendo una actitud un poco crítica y hasta incrédula sobre los hechos investigativos. Sería ideal escoger como comunicadores científicos aquellas personas que han tenido una previa educación en ciencias, completa o incompleta, formal o informal, pero siempre dentro de los canales de la ortodoxia científica y tecnológica. Desafortunadamente ha sucedido y sucede que personas jóvenes en el curso de sus carreras (de medicina, de ingeniería, de química, de agronomía) son excelentes comunicadores científicos y colaboran con los medios de comunicación *para ganarse la vida*, pero abandonan el periodismo científico una vez sus carreras les brindan mejores oportunidades económicas. Habría que hacer un gran esfuerzo por atraer y dar *status* económico y social a esos comunicadores científicos.
- Así como hoy se viene hablando de diversos códigos de ética en los medios de comunicación debería establecerse también un código de ética sobre la noticia científica o tecnológica, para hacer que ella sea veraz, objetiva, mesurada y no despierte en los lectores esperanzas o expectativas inútiles o perjudiciales. En este sentido debería haber un representante de la comunidad científica (COLCIENCIAS, Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia, Academias, etc.) al más alto nivel de los consejos que rigen esas actividades de los medios de comunicación del Estado; la misma noción, con representante o sin él, habría que introducirla en los medios privados de comunicación para que pueda establecerse una especie de *auto-censura* crítica y objetiva.
- La comunicación científica y tecnológica debe buscar el acercamiento (y no el alejamiento) de los diversos componentes de la comunidad científica entre sí y de éstos con el sector productivo. Por ejemplo, así como se han hecho los programas de COLCIENCIAS-ICFES en el pasado, en la misma forma deberían hacerse programas sobre las enseñanzas tecnológicas dadas en el SENA, en los institutos o universidades tecnológicas, en el ICA, en la Federación de Cafeteros, etc. Todos sabemos que esas enseñanzas existen y que son de la mejor calidad, pero sin embargo existe muy poco conocimiento del público

general sobre las mismas. Tampoco existe un conocimiento adecuado de los logros tecnológicos de la industria nacional, en pequeña o en grande escala; claro que muchos de esos datos hacen parte del secreto o la confidencialidad de la industria, pero al menos los datos que llevan al establecimiento de normas por el ICONTEC podrían ser más del dominio público.

En ningún caso se debe presentar al investigador como un personaje más o menos esotérico sumergido en el misterio de enigmáticos laboratorios sino, antes bien, mostrar que las técnicas que aplica son comprensibles y que pueden llevarse a cabo en otros laboratorios u otros sectores del país.

- En la misma forma como triunfan y se desarrollan programas tecnológicos y científicos internacionales (como los de Ciencia al Día, National Geographic, TRANSTEL, CIMPEC, Mc Graw Hill, BBC, etc.) deberían elaborarse programas de alto contenido nacional, adaptando o siguiendo las técnicas de los programas internacionales, con profusión de esquemas, dibujos animados, explicaciones sencillas y elementales etc. y orientados fundamentalmente a ver cómo se ha orientado la solución de los problemas que nos aquejan (en salud, en vivienda, en agua potable, en drenajes, en nutrición, etc.) Estos programas deberán no sólo divulgarse por los mecanismos educativos del Estado sino dárseles amplia difusión en horas-pico de la televisión o la radio u ocupar destacadas páginas o suplementos en los periódicos. En ningún caso la noticia científica debe aparecer como *de relleno* cuando no hay otra cosa que decir en el ámbito nacional o internacional.

Un mecanismo adecuado de difusión tecnológica (que podría lograrse en colaboración con el SENA o entidades similares) sería la de espacios dedicados a mostrar *cómo funcionan las cosas* y que pueden ir desde una simple plomada hasta un motor de explosión o un refrigerador, también con abundancia de esquemas y hasta de dibujos animados. Esto contribuye más que nada a formar una actitud, sobre todo en los jóvenes, hacia la ciencia y la tecnología.

- El esfuerzo por la comunidad científica y tecnológica debe provenir no sólo del Gobierno sino también del sector privado; este sector va a ser el beneficiado a la larga de la curiosidad del público por la investigación y el adelanto tecnológico, de suerte que debería abandonarse un poco el criterio totalmente utilitarista de los mecanismos de publicidad y pasar al patrocinio de programas como los anteriormente mencionados que sirven a toda la comunidad y no sólo a los que consumen determinados productos. Si el sector privado no puede hacerlo por sí mismo, debería ayudar al Estado en la financiación de esos programas divulgativos.